

- 35 -

ALFONSO MEJIA ROBLEDO

INTRODUCCION

ALFONSO MEJIA ROBLEDO

Alfonso Mejía Robledo nació en Villamaría, el 10 de enero de 1897. Su familia se radicó en Pereira cuando Alfonso tenía siete años y por esta razón se le ha considerado siempre como pereirano. Sus estudios los llevó a cabo en distintos colegios de Pereira, Manizales y Bogotá. En la Escuela Universidad de París terminó su carrera de Filosofía y Letras, en 1925. Ha ocupado varios puestos consulares y diplomáticos. El último fue de Encargado de Negocios y Cónsul General de Colombia en la república de El Salvador. Fue también Encargado de Negocios de Chile en ese mismo país. Ha realizado varios viajes por Europa y América y en muchas de las ciudades que visitó dio conferencias sobre temas literarios, económicos y de política internacional.

Ha publicado los siguientes libros: "Flores del Alma" (versos de niñez); "Horas de Paz" (poesías); "Rosas de Francia" (novela premiada en París, en concurso de novelistas); "La Risa de la Fuente" (novela, con la que inició la Editorial Cervantes su Biblioteca de Novelistas Hispano-Americanos); "Piedras del Camino" (poesías); "Labor Improbis Omnia Vincit" (memoria de expresiones y congresos industriales organizados y dirigidos por el mismo); "El Amazonas Trágico" (historia de un conflicto internacional); y "Arcilla Dócil" (poesías). Y tiene para próxima publicación cinco volúmenes más, a saber: "Mater Dolorosa" (poesías); "Por Mar y Tierra" (narraciones, viajes, memorias); "Viajes por Europa" (ensayos, estudios, conferencias, discursos); "Cumbres Celestes" (poesías); "Poemas Humanos".

Las novelas "La Risa de la Fuente" y "Rosas de Francia", fueron traducidas al francés y al inglés; y varias de sus poesías han merecido la traducción al inglés, por Edna Worthley Underwood, notable lingüista y escritora norteamericana; al polaco, por Stanislaw Pasierkiewics, famoso hispanista, que fue profesor de la Universidad de Varsovia; al alemán, por César Schoenlak, de Hamburgo.

Mejía Robledo ha sido honrado con el nombramiento de miembro de honor de varias sociedades académicas y literarias, entre ellas el Comité Cultural Argentino, de Buenos Aires y la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Filadelfia, Estados Unidos.

A la edad de catorce años fundó en Pereira el periódico "Minerva". Años más tarde, dirigió, en la misma ciudad, la revista "Vendimias" y otra con el nombre de "Panoramas"; en Panamá fue co-director (con el ilustre Oscar Terán, de grata recordación en Colombia), la revista "Motivos Colombianos"; dirigió en Santa Marta, la revista "Magdalena Ilustrado" y en París, la sección española de "L'Argus Artistique et Litteraire"; en Bogotá, la "Revista Interamericana" y en San Salvador la revista "Colombia", órgano del Consulado General de nuestro país.

Alfonso Mejía Robledo estuvo dedicado, también, por mucho tiempo, a los asuntos económicos y al progreso industrial de Colombia. Fue Director de la Exposición Industrial y Artística de Pereira, en 1.930, y de la Gran Exposición Nacional de Bogotá, en 1.931; fue Presidente del Primer Congreso Industrial y Agrícola de Colombia, celebrado en Bogotá en 1.932, y Director de la VII Exposición Nacional de 1.938, e inició, por último, la Exposición Interamericana de Bogotá, que no llegó a celebrarse por las condiciones políticas y sociales, fatalmente adversas en los últimos tiempos para esta clase de certámenes.



DON CRISTOBAL QULJOTE, EL DESCUBRIDOR

Venid acá hijos míos,
que en esta hora quiero
contaros una historia
que más parece un cuento.
Es la historia sencilla
de aquel aventurero
que soñó con la tierra de Cipango y del Sol,
del soñador poeta,
pequeño y grande a un tiempo,
que se llamó Colón,
judío sefardita, genovés, español.

Dejó un barrio de Génova
para lanzarse al mar
y fue desde muy niño
navegante locuaz,
servidor de piratas,
taumaturgo quizás,
prisionero en goletas
que iban al Sudán,
y como un triste náufrago fue a dar a Portugal,
donde su mundo en sueños
—las tierras del Gran Khan—
y sus infusas ciencias,
en trueque singular,
fue a ofrecer en Lisboa,
cuna de navegantes, al príncipe Don Juan.

Esdras y Toscanelli,
Marco Polo y Platón,
con sus vagas teorías
de rútilo sabor
y todos los rabinos
de la casa de Sión,
con sus cálculos míticos
y profético ardor,
le llenaron la mente
de sueños y ambición,
de oro y piedras preciosas
y de islas doradas fulgurantes de sol,
y de esclavos de ébano
y de la especiería del astuto mogol.

*
* *

Esta historia parece
como un cuento, hijos míos.

Escuchad: Así como
hace ya veinte siglos,
en Judea y Oriente
todos los peregrinos,
labriegos, sacerdotes,
pastores y marinos,
comerciantes y gentes
de toda laya y ritos,
hablaban con misterio de un profético fin
y esperaban atentos al "que habrá de venir",
así en el siglo XV,
navegantes, cosmógrafos
y reyes de la Europa católica y gentil,
en Génova y Lisboa,
y en Venecia y Madrid,
y en Nápoles y Cádiz
presentían un mundo y una era feliz,
y se abrían los mapas a los ávidos ojos,
con rutas misteriosas hacia islas azules,
pobladas de oro y perlas, papagayos y añil.

Y aquel aventurero,
navegante y poeta,
judeo-mallorquí, genovés-español,
que se puso Cristóbal para ser un Mesías
y anteponerlo al nombre sin nombre de Colón,
logró hurtar la famosa carta de Toscanelli
que hablaba de las tierras del Gran Khan y el Mogol,
y la esférica forma
del planeta, y entonces,
con magnético ardor
ofrecióle "sus mundos" al reino lusitano,
con toda la entereza de un gran negociador.

El judeo ligúrico, Cristóforo Colombo,
diez años y algo más
luchó en vano en la Corte
del Rey de Portugal,
se emparentó con nobles
de Lisboa, quizás
creyendo de este modo tener más dignidad,
sufrió duros reveses,
fue a Islandia y al Sudán,
vendió mapas y ensueños,
estuvo ante las puertas de la mendicidad,
pero nunca fue oído,
pues todas las grandezas son sueño y nada más,
y eran muchas grandezas y muchas maravillas
las cosas que salían del quijótico verbo,
brillante y pertinaz,

para que fueran cosas
de este mundo real,
y el judío converso
se fue de Portugal...

*

* *

Y a los Reyes Católicos
de Aragón y Castilla,
poderosos monarcas,
supremos estadistas
que luchaban entonces
con noble valentía
por sacar de sus reinos
a toda la morisma,
les propuso su empresa,
les ofreció "sus islas"
que a occidente poblaban
las rutas de las Indias,
les ofreció "su imperio"
que en su mente mesiánica de Quijote latía,
tal como laten siempre los mundos y verdades
entre las mentes rútilas de bardos y mesías...
Y los Reyes Católicos
de Aragón y Castilla
oyeron a Cristóbal
Colón con simpatía,
y con grandeza hispánica que es sangre y tradición,
del tesoro le dieron una digna pensión,
mientras que se estudiaban a la luz de la ciencia
y a la lumbre serena de la fría razón
sus proyectos magníficos de Gran Descubridor.

Mas, Colón que pedía
de Isabel y Fernando,
a cambio de las tierras
ignotas de Cipango...?
Ser el Gran Almirante
de ese Mar Océano,
Visorey de esas tierras
y ese mundo lejano,
de las rentas que diesen
apenas un octavo,
y todo ello como
título hereditario...
Y además...! ¿Es posible
que el ligur-castellano
pretendiera más cosas,
más riquezas y mando?
Pero nó era un Quijote,
un soñador acaso,

un medioeval profeta,
un taumaturgo, un mago,
genial malabarista
de mundos y de astros?
¡El que tanto ofrecía,
podía pedir tanto!
Y pensar en espuelas doradas a montón,
y anteponer al nombre como título el Don,
para poder llamarse con legítimo orgullo,
frente a todos los hombres, Don Cristóbal Colón!

Cuando los grandes hombres
muy cercanos al rey,
dijeron a Fernando
y a la reina Isabel
que eran sobrado audaces
las exigencias del
protegido converso,
judío-genovés,
esta fue la respuesta
de la reina y el rey:
—Si Colón nos da un mundo,
bien haya la merced,
mas si sueño resulta
lo que viene a ofrecer,
sueño serán sus títulos
y rentas y oropel...!

Y así de esta manera los Reyes de Castilla
la oposición vencieron de su hijodalga grey,
y cuando los cosmógrafos y estadistas del reino
que estudiaban los cálculos del navegante audaz,
los pidieron a éste que rebajase un poco
los precios de su oferta brillante y singular,
Don Cristóbal Quijote, ya señor de sus ínsulas
—radiosas en las rutas de su mente estelar—,
les dijo a los cosmógrafos y estadistas del reino,
harto encendido en cólera y en noble dignidad:
—¡Ni un ápice rebajo de lo que ofrezco a España;
ni a lo que exijo un ápice yo puedo rebajar!

* *
*

El arca empobrecida
por su guerra a los moros
que al fin lograr sacaron
los dos Reyes Católicos
de sus vastos dominios,
tras esfuerzos heróicos,
levantando en Granada
sus pendones gloriosos,

muchos años pasaron,
más de un lustro azaroso,
en el cual tras la Corte
Cristóforo Colombo,
pertinaz, suplicante
pero digno, siguiólos,
obteniendo a la postre que aprobaran su oferta
y el total increíble de sus planes famosos.
Pero fue necesario,
por exhausto el tesoro,
para hallar las goletas,
tripulantes, pilotos,
bastimentos, equipos,
empeñar las alhajas de Isabel, la gran reina,
recurrir a los préstamos con solícito afán,
comprometer la ayuda de Pinzones y Alonsos,
soñadores y ricos, viejos lobos de mar,
y obtener en La Rábida del gran fraile Juan Pérez
y del no menos Antonio de Marchena, el astrólogo
sin segundo en el reino, firme ayuda eficaz.

Ya tiene Don Cristóbal
Colón fama y poder;
ya sus tres carabelas
en Palos de Moguer
miran la mar oceana
como un esparavel,
donde se tienden ávidas
las rutas del edén...
Pero oíd, hijos míos,
que esta historia es más bien
como un cuento dorado
de las brumas de ayer...
Mientras que los judíos,
por decreto del rey
iban por los caminos
como la tribu infiel
a llorar el destierro,
que es pan salobre y cruel;
mientras que por millares llenaban los hebreos,
hacia las costas trémulas los rumbos del dolor,
Don Cristóbal Quijote, gran judío converso,
iba en los mismos rumbos con espuelas doradas,
con admirado séquito de grande y de señor,
con raras privilegios nunca antes concedidos
y un título que hacía lo Visorey y Almirante
del Mar desconocido, las rutas de Occidente
y las tierras que hubiese como Descubridor.

Y van las carabelas

sobre la mar remota,
con las velas hinchadas
por el viento que azota
las jarcias y trinquetes,
los mástiles de popa
y el pabellón de Cristo
que flamea en la prora...
Quedaron las Azores
atrás, hacia la Europa
y con ellas la última
visión consoladora.
Pasan días, semanas
y se tragan las olas
centenares de leguas
y cunde la zozobra,
mientras que los marinos
se preguntan ahora
si ruedan a un abismo
donde la noche mora
y donde los bajeles
se hundirán en la sombra,
sin rutas de regreso...
¡Oh qué sirtes traidoras
y qué endriagos horribles
de espeluznantes bocas...!
Ya pasaron los límites
del mundo y de la forma,
los cálculos fallaron
y la ilusión solloza.
El Almirante calla,
mientras la gente llora
y cuando ya perdidas
las esperanzas todas
los tripulantes quieren
volver el rumbo a Europa,
Colón pide una tregua
de días y de horas
y adormece el oído de los murmuradores
(¡oh mago de los sueños!) con sirénida voz,
y aquellas gentes rudas, con hondo descontento,
aprietan con el puño sus esperanzas rotas
y en angustiada súplica vuelven la vista a Dios.

Es época en que el frío
de Europa hace temblar
y en que la nieve cae
con nuncio de huracán;
sin embargo los nautas
sienten brisa fugaz
que llega perfumada

de aliento tropical...
¿Si serán ya las brisas
del reino del Gran Khan?
Raros pájaros vuelan
por delante y detrás
de las tres carabelas
perdidas en la mar,
y hay troncos y ramajes
navegando al azar,
todo lo cual indica
ya la proximidad
de las tierras remotas
que han venido a buscar,
y la mano extendida de Cristóbal Quijote
señala en la lejanía con su ensueño tenaz,
y las tres carabelas reducen su velamen
porque una sombra negra se mira más allá
de los vagos confines donde bogan los astros
y las luces fosfóricas ueden verse pasar...
¿Si será la Cipango la que la sombra indica
o si será Catayo? Tierra firme será?
Nó importa lo que sea! Ya Rodrigo de Triana
lanza el grito de *Tierra!* que percute en el mar,
y truenan las lombardas de las tres carabelas
y ya es gran Almirante Don Cristóbal Audaz,
y el Pegaso sublime de su fantasía,
sobre mares y tierras se echa presto a volar...

Viene la epifanía
con el naciente albor;
jamás la mente humana
tuvo un sueño mayor
que ese sueño divino
que el genovés soñó
y que real se torna
con todo su esplendor.
Está naciendo el mundo,
el mundo de Colón,
tal como el bello día
primer de la Creación...
La costa se levanta
bajo la luz del sol
y hay aromas extraños que vienen del bosque,
y en los albores límpidos hay hechicero olor.
Aquellos navegantes se postran de rodillas,
porque ese mundo nuevo les hace ver a Dios;
porque en sus mentes ávidas comprenden que ese mundo
va a trastornar las leyes, la civilización;
va a elevar los espíritus a regiones ignotas,
a destruir prejuicios, falsa ciencia y error.

Esas gentes oscuras de las tres carabelas
meditan de rodillas, transidas de emoción,
mientras el Visionario, taumaturgo sublime,
mira elevarse al frente como etérea visión,
la tierra presentida por su ardorosa mente
que está cubriendo de oros fantásticos el sol,
y cae de rodillas también, la cruz en alto,
el Quijote de Génova, Genio y Descubridor...

EL IDIOMA

Cómo me embriaga, cómo me embelesa
este río de oro del idioma;
cómo resbala de la erguida loma
de Cervantes la música traviesa.

Cómo sin esperarlo se atraviesa
cada vocablo en mis oídos; toma
sus caracteres diáfanos y asoma
la inspiración en rútila promesa.

Con qué fluidez me enlaza y maravilla
la sonriente metáfora sencilla
que se recata en símbolo y celaje.

Cómo me arrulla y bñame el sonoro
caudal inagotable de ondas de oro
de este río sagrado del lenguaje!

TU

Tú siempre. Tú la única, Tú sola
Tú sola en el placer y en la amargura.
Tú en el silencio de la noche oscura
y cuando el mundo en albas se arrebola .

Tú lejos y tú cerca. Tú en la ola
que pasa y en la roca que perdura,
en la flor y en el fruto que madura
y en la brisa que en músicas se inmola.

Tú en mi voz, en mi lágrima, en mi beso.
Tú en la fé, tú en la duda que devora;
en la alegría y el dolor avieso.

Tú en mi pupila que sonríe al verte.
Tú en mi plegaria, en mi pasado, ahora.
Tú después. Tú en mi vida. Tú en mi muerte.

FRANCISCO DE ASIS

Soldado en la guerra
y apuesto señor,
con oro y palacio, corceles y tierra,
fue hombre de espada, de guzla y amor.

Conoció el encanto de la muelle vida
de lujo y sensual;
mente soñadora, juventud florida
y dúcido halago cordial.

Fue un mozo gallardo,
Francisco de Asís,
pero algo tenía de efluvio y de nardo,
de pálida rosa y de lis.

Y un día bajó la cabeza
de altivo doncel,
renunció a la gloria, dejó la riqueza
y el vano oropel.

Y vestido sólo
con burdo sayal,
en áspero risco después encontrólo
la luz matinal.

* *
*

Un día cualquiera Francisco
sintiendo del hambre el mordisco,
al pueblo de Gubio va en busca de pan;
lo asaltan ladrones en sendas oscuras,
lo despojan luego de sus vestiduras
y golpes de palos le dan.

Sonríe, sonríe, y en casta belleza
dá gracias al Padre y Señor;
¿acaso nó es suya la Santa Pobreza
y acaso el despojo nó es prueba de amor?

Y en un lazareto de la cercanía
detiene sus pasos después...
Con cuánta ternura, con cuánta alegría
lava allí las llagas y besa los pies...

*
*

En místico arrobó
llama hermano a toda bestia o creación;
el hermano viento y el hermano lobo,
la hermana serpiente y el hermano halcón.

Por selvas y rutas agrestes,
nobles caballeros buscándole van,
y al oír sus dulces palabras celestes,
se despojan luego de sus ricas vestes
y a la Santa Pobreza se dan.

Bendice a los hombres que en pobreza luchan,
y son sus palabras tan llenas de miel,
que en tropel alado las aves lo escuchan
y en alegres coros se acercan a él,

Y él les dice en suaves tonos conmovidos:
"Hermanitas aves, a Dios alabad;
El os dará abrigo y alimentos; idos
a poblar ahora vuestros castos nidos;
yo os bendigo en nombre del Señor... Volad".

Mas las aves tienen
alma de mujer,
y cantan y pían y se alzan y vienen,
y en un bosque de alas al santo mantienen
y la luz del cielo no le dejan ver.

Y entonces Francisco
les dice:
"No os quiero; dejad,
dejad que regrese muy pronto a mi risco,
donde otras criaturas de mi amado aprisco
me esperan... idos y cantad".

Y el tropel rehacio
se va por las rutas sin fin del espacio...

*
* *

Una tarde el manso serafín de Umbría
se acerca a la mar;
en el horizonte ya se aleja el día

y es rosa la suave luz crepuscular.

Musitando preces,
hasta la ribera va el santo varón,
y de pronto mira millares de peces
que escuchan atentos su voz.

Sus últimas llamas
dá en ocaso el sol,
y en la onda quieta brillan las escamas,
con la maravilla de un ígneo arrebol.

Y el varón que labra
la humildad en pos,
a los habitantes del mar su palabra
dice de estos modos en nombre de Dios:

“Hermanitos peces, en todo momento
recibid la gracia de mi bendición
y que el mar os brinde la paz y el sustento...
y ahora, hermanitos, seguid mi oración...”

Y al punto el silencio de las aguas quietas
rompe, en ritmos locos, un millar de aletas...

*
* *

De Albernia en los turbios breñales vivía
un gran malhechor,
sin ley y sin guía,
sin miedo y sin Dios.

Los hermanos monjes y el dulce Francisco,
construyeron su humilde casa fraternal,
sin saber que cerca de aquel basilisco
imperan la muerte y el mal.

Y esa humana fiera
que fuera el bochorno del poder legal,
de los campesinos y viandantes era
terror infernal.

Y aquel bandolero
sin fe ni piedad,
con furor de puro lobo carnívoros
cae entre los monjes cual nuevo Satán.

Pero al ver al santo Francisco en su cueva
y al oír sus voces de amor celestial,
el facineroso siente un ansia nueva

que su alma obscura transforma y eleva
y limpia de mancha y de mal...

Y a los pies del santo,
aquel hombre torvo se deshace en llanto...
y el que fue de Alborná negro criminal
viste el ceniciento sayal.

*
* *

Pero en Gubio un fiero
lobo de verdad,
un enorme y ávido lobo carnicero,
mata hombres y bestias con voracidad.

Rey de la comarca,
él reina en un reino de furia y terror,
que en selvas y valles y cerros abarca
todas las criaturas de nuestro Señor.

Francisco decide por cerro y montaña
buscar a la fiera que ha sembrado el mal,
y entre la maraña
se encuentran el santo y el hosco animal.

Las fauces abiertas en trágico signo,
el rey sanguinario del triste país,
se queda mirando con ojo maligno
al manso viajero de Asís.

Y así le habla entonces Francisco:
"¡Oh lobo perverso y audaz!,
¿por qué tú no vives aislado en tu risco
y dejas las nobles criaturas en paz?

¿Por qué vives siempre robando y matando,
con saña y crueldad;
por qué vas corderos y hombres asaltando,
sin necesidad?

No es justo que mates a tarde y mañana;
todos son hermanos y dignos de amor;
el buey es tu hermano, la oveja es tu hermana
y hermanos los hombres ¡oh lobo traidor!"...

Y el lobo interrumpe:
"No me hables, Francisco,
en frases que muestran rencor...
Yo vivía como cualquier lobo arisco,
metido en mi cueva, sin mala intención;

daba muerte sólo cuando hambre tenía,
de frente y sin miedo cervical
y a veces comía
las sobras del sucio chacal...

De pronto vinieron, con ruido que aterra,
muchos cazadores de aspecto marcial,
con perros, con armas de guerra...
y fue el loco espanto del reino animal.

El tímido ciervo, la incauta gacela,
la escondida liebre, la dulce torcaz,
todo lo que corre, todo lo que vuela,
cayó entre sus manos... y se fue la paz.

Yo los ví corriendo por valles y lomas
y dar muerte a todo ser, sin compasión;
hasta las humildes y castas palomas
resultaron víctimas de su diversión.

Los hombres no estaban como yo, roídos
por hambre mortal;
después, muchas veces los miré, atraídos
por un raro goce de astucia infernal...

Cuando el viejo lobo terminó, un gruñido
salió de sus fauces, amenazador.
El varón estaba triste y comovido
y de esta manera le habló:

"Es verdad que el hombre
tiene sus instintos aptos para el mal;
así, pues, hermano lobo, no te asombre
si ves tanta guerra, tanto odio letal.

Tú tienes ahora roída la entraña
por odio feroz...
Yo quiero que vivas libre en tu montaña,
sin hambre y sin penas... y alabando a Dios.

Desde este momento
a nadie ni a nada la muerte darás;
en tu propia cueva tendrás alimento,
y así viviremos en paz..."

"Está bien, hermano"... La bestia le dijo
y el santo varón,
extendiendo al punto la diestra, bendijo
al hermano lobo con tierna emoción.

Y la ruda fiera le entregó la pata
y cerró las fauces en muda señal...
Caía la tarde con su sombra grata,
envolviendo al mundo con lumbre cordial...

Y cuando Francisco, silenciosamente,
busca de la aldea las rutas al fin,
observa con júbilo que el lobo inclemente,
trocado en mastín.

le lame la túnica, dá saltos de gozo,
tal como si fuera menudo lebre, ~~l~~
y ante la sorpresa y ante el alborozo
de la gente toda, va al pueblo con él.

* *

*

El varón seráfico va el gozo sintiendo
dentro del dolor;
su alma está toda de piedad ardiendo
y exaltando amor.

Quiere, anhela, busca tener llagas vivas,
cual las de Jesús,
y se siente en puras llamas compasivas
clavado en la Cruz.

Y un día, de hinojos sobre dura roca,
musitando en lágrimas ardiente oración,
los brazos abiretos, en súplica loca,
pide cinco heridas de crucifixión.

Y las cinco heridas
llegan a su cuerpo —lumbre de emoción—,
heridas abiertas, puras y encendidas,
como cinco rosas de fuego y pasión.

Cuatro duros clavos hirvientes transpasan
sus manos y pies,
y un lazo en su pecho... Y en amor se abrasan
todas sus potencias, como en áurea mies.

Dolido y sangrante va el santo;
dá gracias humildes a Dios;
camina muy quedo, muy quedo, y en tanto,
lamiendo sus huellas, un lobo va en pos.